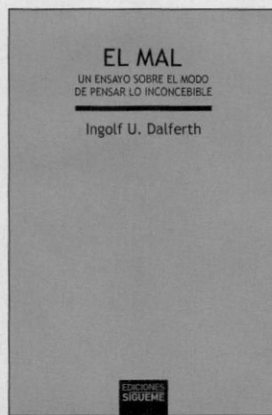


Muchas caras, múltiples perspectivas

El subtítulo del presente libro del profesor alemán **Ingolf U. Dalferth** califica el mal de inconcebible. ¿Por qué inconcebible? Porque tiene tantos rostros, dimensiones (sociológica, física, técnica, filosófica, jurídica, política, económica, religiosa), vertientes (presente, pasado, futuro), puntos de vista (objetivo, subjetivo), que hacen que el mal, si bien puede experimentarse, nunca puede explicarse del todo. El mal simplemente sucede. Incluso cuando logramos explicar algo de él, no podemos explicar cómo es posible que suceda aquello que vivimos bajo la forma de mal: ¿por qué esta enfermedad o desgracia me ha tocado a mí y no a otro? ¿Por qué en este momento? ¿Por qué con tanta virulencia?...

El mal sobrepasa lo imaginable: la búsqueda del mal por el mal es una posibilidad humana. Es, además, ambiguo: lo que es bueno para uno, puede ser malo para otro, o puede otro juzgarlo como malo para mí; lo que objetivamente es bueno, puedo vivirlo como malo. El mal, además de un acontecimiento, es un modo de vivir este acontecimiento, de valorarlo y de juzgarlo.

El mundo moderno, a la hora de valorar el mal, tiene la tentación de prescindir de la vertiente religiosa y reducirlo, en ocasiones, a un asunto



EL MAL

Un ensayo sobre el modo de pensar lo inconcebible

Ingolf U. Dalferth

Ediciones Sígueme

Salamanca, 2018 · 208 pp.

médico o técnico. Se trata, entonces, de mitigar el sufrimiento. Visión reduccionista, pues puede haber sufrimientos buenos, que tengan un sentido positivo.

Con todo, un peligro del mundo moderno es considerar el mal como una cuestión jurídica, en la que los intereses de las fuerzas sociales juegan un papel determinante a la hora de legislar. Peor aún, considerarlo como una realidad en la que entran en juego otras dimensiones distintas de lo

humano, de forma que se plantea la trágica pregunta de por qué, en situaciones conflictivas, debería salvarse la vida de los humanos antes que la de los animales y las plantas, o incluso de las máquinas inteligentes, que tienen más potencial de cálculo y más posibilidades de sobrevivir.

En realidad, solo el humano puede juzgar como bueno o malo lo que acontece. Y solo a él se le pueden pedir responsabilidades. Pero responsabilidades que van más allá de lo que es malo para mí, para abarcar también lo que es malo o bueno para los demás. Solo en esta apertura al prójimo tiene sentido una reflexión sobre el bien, el mal y sus consecuencias. Los seres humanos estamos llamados a luchar contra el mal de forma solidaria.

Estamos, por tanto, ante un libro que hay que leer despacio. Libro interesante, que aborda el problema desde perspectivas diferentes a las habituales. No se trata de teodicea, de meter a Dios en el asunto, aunque, como buen teólogo evangélico, el autor encuentra una clave religiosa: cuando pretendemos discernir nosotros lo que es bueno o malo, prescindiendo del Dios que conoce el bien y el mal, entonces, además de equipararnos a Dios, estamos tomando posición sobre nosotros mismos, una posición que puede parecer una reivindicación de autonomía, pero que, paradójicamente, contribuye a nuestra pérdida.